

EL FINAL DE OTTAVIANI

las cosas de que no estábamos seguros, ni —sobre todo— presentar como cierto lo que bien mirado —y la historia se encarga siempre de demostrarlo— era incierto.

Allí en Roma —cuando estuve en octubre—, uno de los principales teólogos de la Ciudad Eterna me dijo: «Dicen que Seper es un conservador, pero no es cierto; es un hombre equilibrado, sí, pero avanzado, como lo demostró durante el Concilio al oponérsele algunas veces Obispos yugoslavos, conocidos por su conservadurismo, y que no estuvieron conformes con sus abiertas posturas».

Y ahora el Papa hace responsable doctrinal de la Iglesia católica a este hombre al que el Sínodo de Obispos dio su plena confianza, eligiéndole para presidir entonces la comisión doctrinal que se formó para reformar el rígido y alarmista informe Browne sobre los errores en la Iglesia, que disgustó por su negatividad a la mayoría del episcopado mundial reunido hace dos meses en Roma.

La prensa ha destacado que es un hombre de diálogo en pleno vigor mental y físico; fundador de una revista progresiva titulada «El nuevo rostro de la Iglesia»; procedente de un país tras el telón de acero —por primera vez en el nombramiento de puesto tan destacado en el Vaticano—; sucesor del conservador Stepinac, y adoptando una actitud comprensiva con las nuevas estructuras económico-sociales de su país; socialmente muy avanzado; que ha reconocido que la causa del ateísmo está muchas veces en la actitud de los cristianos que defienden un conservadurismo inmovilista, y que el remedio de este ateísmo no estará en prohibiciones doctrinales, sino en demostrar con hechos que la fe no es ningún obstáculo para el progreso humano.

No esperemos —como pensaba Manning, el Cardenal contradictor de Newman— que la Iglesia es la encarnación del Espíritu Santo, aunque sí creemos los católicos que tiene su ayuda providencial. Y, por eso, no esperemos tampoco que este paso adelante no tenga el contrapeso del medio paso atrás, como ha ocurrido —según dicen— con el nombramiento de Monseñor Gut para sustituir al renovador Cardenal Lercaro y al anticuado Cardenal Larraona.

Como haría Juan XXIII —y Pablo VI es discípulo suyo adelantado— tenemos que deducir de este hecho eclesial dos enseñanzas optimistas. Una, expresada ya por Santo Tomás en el siglo XIII —aunque hoy asuste a los timoratos que querrían que siguiera mandando Ottaviani—; y la otra, el consejo manifestado por el prudente moralista del Papa, Padre Haering, C. S. S. R.

El valiente Tomás de Aquino tenía la teoría de que la búsqueda de la verdad es dificultosa y que uno tiene —para acercarse a ella— que ser ayudado por los demás de dos maneras: una directa, por «aquellos que ya han encontrado un aspecto de la verdad» (fíjense mis lectores integristas en la modesta posibilidad de conseguirla que promete, puesto que sólo cree que alcanzamos «un aspecto» y no la verdad integral). Y la otra, indirecta, pues los errores de los hombres —y por eso les debemos estar agradecidos— son motivo de reflexión y profundización en la búsqueda de la verdad y no de alarma de timoratos (In II Metaph., lec. 1).

El equilibrado teólogo Haering —pero no por eso menos decidido en sus posturas avanzadas— pide por su lado que estimulemos y no condenemos, porque, si no, nada se conseguirá en el campo de lo religioso.

Yo no pretendo que se critique sistemáticamente al Papa —como algunos me atribuyen abusivamente en sus comentarios—, pero creo, como hizo el Cardenal Newman, que —con respeto y sinceridad— hay que «manifestar libremente la propia opinión en la Iglesia católica» siempre que en situaciones graves estemos convencidos que de no hacerlo se seguiría un grave daño al catolicismo, según cuenta el teólogo católico Josef Bommer que hizo este purgado ininteligentemente fiel a la Iglesia.

E. M. M.

DEPORTES

al regreso de australia

LOS lectores de TRIUNFO conocen sobradamente nuestra modesta opinión sobre las características y particularidades de nuestro tenis. Antes de la finalísima de la «Copa Davis», en Brisbane, expusimos bien claramente el criterio de que la tarea de conquistar la «ensaladera de plata» estaba fuera del alcance de las posibilidades españolas.

El resultado de 4-1 puede haber decepcionado a aquellos aficionados que, dejándose llevar excesivamente por la ilusión, acariciaban el sueño dorado de un éxito lógicamente imposible. El resultado, sin embargo, ha respondido a todas las previsiones y está bien como está.

No vale siquiera ni invocar la lesión de José Luis Arilla para encontrar justificaciones ingenuas a la derrota. Los «ases» australianos en su formación 1967 eran, NORMALMENTE, invencibles. ¿Vale la pena recordar que John Newcombe y Roy Emerson han sido los tenistas números 1 y 2 del año en el ranking mundial, y que Tony Roche figura entre los seis primeros?

La derrota de Santana ante Emerson y su gran victoria sobre Newcombe responden perfectamente al azar de unas confrontaciones entre jugadores de una talla fenomenal. El hecho de que los tanteos fueran sorprendentes —sólo duraron tres «sets» cada uno— no es sino la consecuencia admisible de una dura tensión y de una tremenda responsabilidad que aparejaban también el nerviosismo y las crisis de juego.

Con todo, nuestro segundo intento fallido en la «challenge round» no ha estado exento de notas positivas. La primera ha sido la confirmación de que Santana es el jugador más espectacular que se ha visto en pista alguna en los últimos años. La segunda, el progreso extraordinario realizado por Manuel Orantes, el joven granadino que es el tercer jugador en la historia de la «Copa Davis» que, con sólo dieciocho años, disputa la final. (Los otros dos, Lewis Hoad y Ken Rosewall, son dos raquetas maestras del profesionalismo actual.)

Lo más importante, sin embargo, y en lo que pocos han caído, arrastrados tal vez por la desilusión, es que España, con un contingente de practicantes que no alcanza las cinco mil fichas, es la segunda potencia mundial en tenis. Casi da miedo el afirmarlo. Pero no se llegó a Brisbane por pura casualidad, sino a través de seis eliminatorias, en tres de las cuales (Rumania, Inglaterra y Africa del Sur) se venció a través de maravillosas aunque angustiosas prestaciones de nuestros «cuatro mosqueteros».

Mantener esa posición es tarea difícilísima, porque «Santana sólo hay uno», aunque la superación de Orantes y las esperanzas depositadas en algunos jóvenes valores ayuden a no verlo todo de color oscuro en el inmediato futuro. Un futuro que en este año de gracia de 1968 alienta, esta vez con base firme, la corazonada de que «la tercera puede ser la vencida». El pase al profesionalismo de Newcombe, Emerson y Roche ha dejado al tenis australiano despojado de su mejor coraza. Si el tenis español consigue esta temporada alcanzar la «challenge round» de Adelaida se podrá cubiletear, con lógica, con la posibilidad de triunfo. ¡Llegar a la final! He aquí la tarea...

J. J. CASTILLO